

EL VALOR DEL SILENCIO INTERIOR

DESCUBRE LOS VEINTE SILENCIOS
QUE TRANSFORMAN EL ALMA



RAFAEL PASCUAL ELÍAS

OCD

«El ruido no hace bien; el bien no hace ruido».

SAN VICENTE DE PAUL

SEKOTIA

RAFAEL PASCUAL ELÍAS, OCD

El valor del silencio interior

*Descubre los veinte silencios
que transforman el alma*



ALMUZARA

© RAFAEL PASCUAL ELÍAS, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: junio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Reflejos de Actualidad
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román
Maquetación: Miguel Andréu

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-19979-30-8
Depósito: CO-978-2024

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Juan y a todos aquellos que buscan,
descubren y viven el silencio interior como
camino de unión con el Hijo de San José*

Índice

Prólogo.....	9
¿Qué es el silencio?	15
¿Qué formas de silencio hay?	25
¿Qué puertas abre el silencio?	35
Silencio divino	45
Silencio profético	55
Silencio familiar	65
Silencio heroico.....	75
Silencio abrumador	85
Silencio místico.....	95
Silencio prohibido	105
Silencio comunitario.....	115
Silencio renovador.....	125
Silencio inmortal.....	135
Silencio evangélico	145
Silencio magisterial.....	155
Silencio contemplativo.....	165
Silencio iluminador.....	175
Silencio beneficioso	185
Silencio perpetuo.....	195
Silencio desértico.....	205
Silencio pacificador	215
Silencio litúrgico.....	225
Silencio necesario	235
Epílogo.....	245

PRÓLOGO

1-11-2023

Querido Juan, querido hijo:

Te escribo mientras duermes. Ha sido un día muy completo y has terminado de la mejor manera posible: adorando a mi Hijo después de participar en la celebración de la eucaristía en una noche tan especial como es la víspera de Todos los Santos. El reloj marca las 00:30. Todo ha terminado en silencio, como gran parte del día. Te has levantado pronto para estudiar toda la mañana el examen que has tenido a media tarde. Había silencio en tu habitación. Un silencio que se prolongaba en el camino hacia el aula de tu Escuela de Ingeniería Industrial donde tenías que poner por escrito todo eso que has trabajado tanto estos días y ahora llegaba el momento de demostrar que dominas el tema. Una pregunta que vale siete puntos donde te juegas todo y tres preguntas de un punto para redondear la nota. No te ha salido muy bien a pesar de que el silencio envolvía la sala. Has terminado y de vuelta a la residencia universitaria donde vives, el silencio volvía a reinar en tu corazón. Acabada la cena has ido a la misa a la iglesia donde acudes cada domingo y siempre que puedes para asistir a la santa misa y también a la adoración al Santísimo. Hoy la misa te venía muy bien de hora, las 22:00, y luego adoración toda la noche. Tras

una hora en silencio puro ante mi Hijo has ido a descansar. Te mereces el descanso, Juan. ¡Cuánto te quiero! Y cómo gozo como padre viendo tu descanso después de un día tan completo donde nos has perdido ni un minuto. Estoy muy orgulloso de ti, Juan. Vas por muy buen camino. Sigue así siempre.

Lo has dado todo. No sabes lo que me he alegrado al verte entrar en la iglesia donde te esperó siempre en la capilla lateral derecha junto a la puerta de la sacristía. Esos diálogos que tenemos entre los dos y a veces entre los tres cuando mi Hijo se mete por medio, son buenísimos y muy provechosos para tu alma. Pero todo esto sin silencio no es posible. El silencio es algo clave para poder entrar en intimidad con mi Hijo y conmigo. Vas entrando en el silencio y conociendo todo el bien que te hace. Por eso quiero escribirte. Juan, te conozco y te quiero mucho. Como padre tuyo que soy, busco lo mejor para ti. En estos momentos de tu vida en que te abres a un futuro prometedor quiero mostrarte un apoyo que muchos no conocen ni quieren saber nada de ello. Se trata del silencio. Juan, el silencio es algo muy especial. Va más allá de lo que muchos creen o piensan. Además, hay grados de silencio que según son más intensos abren puertas a vivencias que llenan de gozo el alma.

Todo esto, querido hijo, lo conoces bien por propia experiencia. Vas profundizando en el silencio, pero es bueno que tengas todo por escrito para que acudas a ello en cualquier momento o te sirva para acercar a tus amigos a la vida de silencio interior. Es solo la introducción a lo que te quiero contar, Juan. Estos tres puntos, esencia, grados y puertas que se abren gracias al silencio, nos van a servir de preparación a lo que vendrá después. Quiero mostrarte la grandeza del silencio en toda su envergadura, es decir, lo que el silencio supone para la persona humana. Vivir el silencio es abrirse a Dios de un modo maravilloso, pero eso es simplemente el principio, hay muchos tipos de silencios. Todos juntos y enlazados dan cuerpo y plenitud al silencio. Solo te voy a citar algunos para que te hagas una

idea y veas por dónde quiero guiarte: silencio divino, silencio abrumador, silencio permanente, silencio iluminador, silencio caritativo... y silencio necesario.

Todo esto, querido hijo, te lo voy a desgranar como las cuentas de un rosario, carta a carta. En silencio, mientras duermes, las noches de los miércoles y de los 19 de mes, los días en que siempre tienes un recuerdo especial hacia mí en unión a toda la Iglesia, aprovecharé que dejas libre la mesa de estudio para ponerme a escribir. Es lo que hago esta noche. En silencio, sin ruido alguno, pondré por escrito lo que llevo en mi corazón para que al día siguiente te lleves una grata sorpresa al descubrir que tu padre ha venido a visitarte una noche más para guardar tu sueño, interceder por ti ante el Padre de la gloria y dejarte una carta que nos une íntimamente de corazón de padre a corazón de hijo.

Te diría tantas cosas en esta primera carta, Juan... Lo que has hecho esta noche de Todos los Santos demuestra muy bien lo que vives por dentro. Por eso has ido a misa a esa hora que no es normal. Era unirse a toda la Iglesia para pedir por tantos que en esta noche se alejan de mi Hijo y en vez de buscar la luz y el silencio, se dejan envolver por oscuras tinieblas y mucho ruido. Juan, tú buscas la vida de santidad, quieres ser santo, por eso has ido también a esa misa y posterior adoración, para unirte a todos los santos cuya fiesta celebramos hoy de manera especial. ¡Todos los Santos en un mismo día! ¡Todos Juan, todos! Y entre ellos me tienes a mí, a tu padre, a san José, al que tanto quieres y has empezado a conocer a fondo desde que sales de tu casa para venir a estudiar la carrera que siempre has querido. Dejabas mucho y te has encontrado mucho. Ese proceso es duro y cuesta, pero en silencio es más llevadero. Sí, Juan cada encuentro con mi Hijo y conmigo en silencio te ayudaba a dar pasos en tu nueva vida hace dos años, cuando tenías dieciocho años recién cumplidos y apenas conocías la ciudad que ahora te ha abierto muchas puertas. Ahora con veinte años, todo es muy distinto. Has descubierto más puertas. Unas las

has atravesado, otras las has ignorado porque sabías bien que no te llevaban por buen camino. ¿Y gracias a qué? ¡Al silencio! Sí, querido hijo, el silencio es el que marca tu camino y te da luz para escoger qué puertas tienes que abrir en tu vida y cuáles no debes nunca ni siquiera acercarte.

Busca siempre el silencio, querido hijo. Al hacerlo te vas a encontrar con los bienaventurados del cielo. Hay una carta de Santa Teresita del Niño Jesús, la santa de Lisieux, a su hermana Leonia, cuando toma el hábito de monja salesa, que me recuerda mucho a lo que pasa ahora. No sé cómo explicarme. Me faltan palabras. Quiero ir hasta el fondo de tu corazón desde lo profundo del mío. Y ante eso lo mejor es el silencio. Desde el silencio todo se ve de otra manera. Querido hijo, dejo que Teresita ponga palabras a lo que brota de mi corazón de padre:

«No puedo decirte, querida hermanita [querido hijo], todas las cosas que quisiera. Mi corazón no puede expresar sus sentimientos íntimos en el frío lenguaje de la tierra... Pero un día, en el cielo, en nuestra hermosa patria, te miraré, y en mi mirada podrás ver todo lo que querré decirte, porque el silencio es el lenguaje de los bienaventurados habitantes del cielo...» (Cta. 163).

¡Ahí está tu meta, querido Juan, en el cielo! Para ello es necesario hacer lo que escucharás dentro de unas horas cuando te despiertes y te prepares para ir a la misa de este miércoles de san José que te muestra con gozo a todos los santos. Bueno, ya lo has oído esta noche, pero al ir a la eucaristía de nuevo esta mañana después de haber leído esta carta, vas a poner todos tus sentidos en el evangelio que se proclama y sirve de puente para unirnos a todos los santos:

«En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”» (*Mateo 5,1-12*).

Querido hijo, querido Juan. Este el programa de vida que propone mi Hijo a todos los que quieren ir al cielo. Piensa en todos los santos que a lo largo de dos mil años han orado con estas palabras de mi Hijo... Pero para eso es necesario vivir el silencio. Mi Hijo se sienta y sus discípulos lo escuchan. Si no hacen silencio, no pueden escuchar las bienaventuranzas que les abren puertas y caminos para ir hacia el cielo. Es lo que te queda ahora por hacer, Juan. ¿Quieres hacer silencio, tomar el evangelio de san Mateo y encarnarlo en tu vida? Es lo que quiero para ti. Son palabras de mi Hijo para escucharse en silencio y abrir caminos de silencio interior. Y voy más allá, querido Juan, comienza a hacer este ejercicio con san Mateo. Le tengo un aprecio especial. ¿Sabes por qué? Pues porque el evangelio de este santo apóstol es el que más habla de tu padre. Narra esos sueños que cambian mi vida por completo, la huida

a Egipto que me descoloca por completo, el regreso a mi tierra, pero a otro pueblo, el taller... Todo eso que es la esencia de mi biografía y que bien conoces. Pero san Mateo sigue y presenta la vida de mi Hijo hasta el final, hasta la muerte y resurrección. Tienes veintiocho capítulos, para acallar todo y dejar que el silencio te ayude a ir a Belén, a Egipto, al monte de las bienaventuranzas, a Cafarnaúm, al mar de Galilea, a Cesárea de Filipo, a Betania y Jerusalén... Son lugares para hacer silencio y dejarse llevar por el Espíritu que nos da luz para el camino.

Querido hijo, la noche avanza, pero me da igual; como padre tuyo que soy me quedo en tu habitación esta noche. Pero cuando te despiertes ya me habré ido porque en el cielo tenemos hoy una gran fiesta, la Solemnidad de Todos los Santos, y aunque me avergüence un poco reconocerlo, porque no me gusta presumir de nada, es verdad cuando digo que soy el padre de todos. Todos los santos son hijos míos, como tú, Juan, de igual modo que también son hijos de María, mi Esposa, que es tu madre y Madre de Dios. Se hace tarde, Juan. Ahora me toca a mí hacer silencio, es la 1:15 de la madrugada. Empieza mi turno de vela, antes lo hacías tú ante mi Hijo. Ahora lo hago yo ante mi otro hijo, ante ti, querido Juan.

Te quiero mucho, soy tu padre, y también el padre de todos,

SAN JOSÉ

¿QUÉ ES EL SILENCIO?

8-11-2023

Querido hijo, querido Juan:

Ya te has dormido. Te veo descansar. Ahora me toca trabajar a mí desde tu mesa de estudio. Has vivido una tarde noche muy intensa. No vamos a entrar en ello. Eso queda entre nosotros y los que te han acompañado. No viene al caso para lo quiero decirte en esta noche. Bueno en cierta manera sí porque no has vivido el silencio. Había mucho ruido a tu alrededor, pero por dentro tu corazón decía que hoy no podía haber silencio, que había gritar lo que sí que ha nacido dentro de ti después de muchas horas de silencio. Ya me entiendes. Sin silencio no puede uno obrar bien ni dejarse llevar por Dios. En esta noche que da paso al día en que todo el Carmelo Descalzo celebra a una gran santa carmelita, Sor Isabel de la Trinidad, quiero dejarte por escrito algo esencial para tu vida y para la de cualquiera que quiera acercarse de verdad a Dios: el silencio es un hecho, un concepto, que puede llegar a ser una experiencia transformante y terminar en un modo de vida. Vamos poco a poco, Juan.

Partimos de la base, de la esencia, no podemos hablar de silencio si antes no lo definimos bien. El silencio se puede entender de tres maneras. La primera y más común, el silencio

es abstenerse de hablar. Esto en cuanto al hablar. En segundo lugar, el silencio se entiende como falta de ruido a la hora de la escucha. Y por último el silencio es también la omisión de algo por escrito cuando pasamos a la redacción. Son como tres actitudes o, mejor dicho, tres áreas que dan cuerpo al silencio: lo que la persona calla, no escucha y no escribe. ¡Aquí encuentras la esencia del silencio, Juan! Pero no pasamos de un concepto, de una realidad concreta. Es bueno saber la teoría, querido hijo, pero no podemos quedarnos ahí, hay que ponerse manos a la obra, como buen ingeniero, el silencio no se queda ahí, es algo que cobra vida. Antes de pasar al siguiente punto quiero que te des cuenta de que no se puede dejar lado ninguno de estas bases que dan cuerpo al silencio en sentido pleno. Si no, no es silencio verdadero. Todo nos lleva a entrar en el sentido de la palabra para poder entenderla mejor y lo que es más grande todavía, querido hijo, hacerla vida, y vida en abundancia.

Ahora eres tú, querido hijo, el que podría hablar. El silencio pasa de un concepto a ser una experiencia cuando se empieza a vivir por dentro. De eso, Juan sabes un poco, y cada vez más. Haces silencio cada sábado por la noche cuando visitas a mi Hijo en la capilla de adoración perpetua. Y también a lo largo de la semana en diversos momentos, pero todo queda en períodos de tiempo que rara vez pasan de la hora. Cuando ese silencio se prolonga en el tiempo cambia todo. Es lo que viviste en tu primer retiro. Ibas con algo de incertidumbre porque no sabías bien si ibas a ser capaz de pasar un fin de semana completo en silencio. No pudiste del todo, pero casi lo consigues. ¡Fue un regalo precioso para ti, Juan! Te veía desde el cielo tan feliz entrando, gustando y viviendo en silencio... Eso fue el paso para querer repetir experiencias como esa. Por eso para ti, desde aquel día y para todo aquel que se encuentra y se mete en el silencio por primera vez, al menos un par de días se da cuenta que algo cambia por dentro, que eso que sabía de teoría,

lo que es el silencio, empieza a cobrar vida en lo más secreto del corazón.

Querido hijo, para ti, desde esos días de retiro durante tu primer año en la universidad, el silencio ha llegado a ser lo que es en sí mismo, una experiencia transformante. Sí, Juan, podrías definirlo con tus palabras y es lo que voy a hacer. No olvidaré cómo vibraba tu corazón por dentro cuando le resumías a tu director espiritual lo que habías vivido en tu primer retiro en silencio durante un fin de semana. ¿Te acuerdas de aquella conversación? Seguro que sí, ¡vamos a revivirla otra vez!

—Juan, ¿cómo te ha ido este finde de retiro?

—¡Ha sido maravilloso! ¡No me lo esperaba así! Parecía que no iba a poder y al final sí que he estado gran parte de los días en silencio. A modo de resumen, lo que bulle en mi corazón es que el silencio te cambia la vida, es algo vivo, una experiencia transformante: se nota la presencia de Dios. Te hace madurar. Te dan ganas de repetir, al menos un par de días. Si se viven dos días en silencio como he experimentado estos días, descubres que no es nada comparado con lo anterior, con lo que has vivido antes, con lo anterior a entrar en la vida de silencio. Se ve con suma claridad que cada vez hay una cosa nueva, un sentir nuevo, una idea nueva, unas inquietudes nuevas, es algo que no tiene fin, es obvio, es infinito, viene de Dios...

No hace falta recordar más, Juan. Son palabras tuyas, querido hijo, nunca podré olvidar ese fuego que salía de ti aquellos días. Y el de los jóvenes con los que participabas en el retiro. Estabas en desventaja porque ellos ya habían tenido más retiros en este plan. Para ti era el primero, pero te vino de maravilla para abrirte más a mi Hijo desde una experiencia transformante.

Nos queda dar un paso más, querido hijo. Es el culmen del camino en torno al silencio. Pasar de una experiencia trans-

formante a un modo de vida. Puede ser algo que creas que es imposible, pero si piensas así te equivocas, Juan. El silencio, vivido en grado sumo lleva a convertirse de manera real en un modo de vida. No es casualidad que hoy celebremos a santa Isabel de la Trinidad. Me vuelvo a callar y dejo que sea esta santa hija de Santa Teresa quien te ayude a descubrir el silencio como modo de vida. Date cuenta de que es monja de clausura y su vocación es dar todo a Dios desde la oración, la soledad y el silencio que vive en el monasterio. Es maestra de vida interior y te ayudará mucho si lees sus escritos para entrar en el misterio de amor de la Santísima Trinidad que es fuente de silencio para todo el que quiere conocer este divino misterio de amor puro.

He buscado dos cartas que te van a gustar mucho, Juan. Entre sus muchos destinatarios se encuentra el hermano seminarista del marido de su hermana, Andrés Cheignard. Podrías ser tú el seminarista Andrés por los años y la situación en que se encuentra, me refiero a que le queda poco para acabar la carrera de teología cuando le escribe estas cartas. Sor Isabel entabla una estrecha amistad espiritual. Ya desde su primera carta muestra lo que lleva dentro y quiere compartir con este aspirante al sacerdocio. Atento a lo que dice esta monja francesa del convento de Dijon:

«¿No siente usted esa pasión por escucharle? A veces es tan fuerte esta necesidad de callarse, que una quisiera no saber hacer otra cosa que estarse como la Magdalena —ese hermoso prototipo del alma contemplativa— a los pies del Maestro, ávida de escucharlo todo y de penetrar cada vez más en ese misterio de Amor que Él vino a revelarnos» (Cta. 158).

¡Callarse para escuchar a Jesús! Es la base para toda vida, querido hijo. Sin silencio no puedes escuchar a mi Hijo. ¿Sientes esa misma pasión? Además, también ayuda la postura y el momento. ¿Qué mejor que hacer silencio de rodillas y en ado-

ración? ¡Ahí empieza la vida de silencio, Juan! Y seguir dando pasos. Mira como continúa la carta:

«¿No le parece que, en medio de la actividad, mientras desempeña el oficio de Marta, el alma puede estar siempre en adoración, sumida como la Magdalena en contemplación [cf. Lucas 10,38-42], prendida como un hambriento a ese manantial? Así es como yo entiendo el apostolado, tanto para la carmelita como para el sacerdote» (Cta. 158).

Juan, esto lo dice sor Isabel dirigido a ella como monja y a Andrés como futuro sacerdote. Pero como padre tuyo que soy y tanto te quiero, añado algo más: todo hijo de Dios puede y debe aspirar a esta vida, a contemplar en silencio a mi Hijo desarrollando el trabajo y viviendo con alegría la vocación que le ha regalado. ¿No te ves, querido hijo, dejando que el silencio te llene e ilumine mientras estás en tu despacho programando el diseño de una máquina que te encarga la empresa que te ha contratado al terminar tus estudios? Ahora doy un paso más y te lanzo un órdago a la grande... ¿También en el silencio, escuchando a Jesús en tu corazón, puedes descubrir que te llama a ser sacerdote y sientes que tu felicidad se puede encontrar en llevar a otros el Cuerpo de mi Hijo para que se alimenten y se encaminen para el cielo? Ahí te lo dejo. No solo a ti, sino a todos aquellos con los que hables y puedan vivir lo mismo que tú. Juan, el silencio cambia la vida, y, lo que, es más, puede llegar a ser un modo de vida. Es algo que nos desborda.

No me resisto, querido hijo, a traer a la memoria otra de las cartas de sor Isabel al seminarista Andrés. Han pasado pocos meses de la carta que te acabo de citar. Ahora le hace una invitación que bien podrías acoger en tu corazón. ¡Hacer de tu alma una casa de paz donde habite mi Hijo y junto a Él el silencio! ¿Lo entiendes? Puede que de primeras sea un poco difícil de entender. Vamos a concretarlo con las palabras de santa Isabel de la Trinidad:

«Unámonos, pues, señor Abate, para hacer feliz a Quien nos “ha amado con inmenso amor”, como dice san Pablo [Efesios 2,4]. Hagamos para Él en nuestra alma una casa totalmente sosegada en la que se cante siempre el cántico del amor y de la acción de gracias; y después un gran silencio, eco del que hay en Dios... Y luego acerquémonos, como usted me dice, a la Virgen totalmente pura y radiante, para que ella nos introduzca en Aquel en quien ella penetró tan profundamente y así nuestra vida pueda ser una comunión continua y un simplicísimo impulso hacia Dios» (Cta. 165).

No quiero que pases por alto un detalle muy importante de esta carta, Juan. Repásala bien. Puede que no te des cuenta si la lees rápido. No es bueno correr cuando te acercas a textos que encienden el alma en amor de Dios como sucede en este caso y en los que te presentaré a lo largo de las cartas que te escriba según pasen las semanas y los meses. Quiero que aproveches bien todo lo que te digo y lo hagas tuyo, hijo mío. ¿Te has dado cuenta de que sor Isabel al hablar del silencio que debe reinar en la casa de tu corazón, hace notar al mismo tiempo que dicho silencio personal es eco del silencio que hay en Dios? ¡Esto es clave, Juan! Si no te fijas en esto es imposible que uno se abra a Dios en el silencio y camine cada vez más seguro a su encuentro. De este modo es como puedes entender de una manera muy directa que el silencio puede llegar, y de hecho llega, a ser un modo de vida.

Pero ojo, Juan, te recuerdo lo que te dicho antes, no pienses que por ser ingeniero no puedes llegar a esto. Soy sincero: es más fácil para una monja de clausura o un sacerdote, ellos tienen más tiempo para vivir en silencio, y están llamados a esto como parte esencial de su vocación, pero no por ello hay que desear que un ingeniero, un médico o un profesor puedan llegar a vivir como sor Isabel y el seminarista Andrés, teniendo el silencio como modo de vida. Esto es algo esencial y no me importa que me llames canso si te lo repito más veces. ¡Juan,

te quiero feliz! Y para ser feliz, sin vida interior profunda no puedes alcanzarlo. Y para tener vida interior es imprescindible el silencio. Ahora me callo porque esto es tema de otra carta. Bueno, así ya intuyes por dónde puede ir alguna carta de las que te voy a escribir pronto.

Lo que procuro, querido hijo, es que no corras, que vayas a tu ritmo para que tu vida vaya abriéndose cada vez más al silencio una vez que ya sabes bien lo que es silencio, lo has gustado y quieres vivirlo en primera persona. Sueñas con que algún día puedas ser un gran ingeniero industrial que trabaja como su padre en el taller, en silencio, pero mirando siempre a mi Hijo que es quien abre caminos de silencio interior en cada hombre que se deja llevar por Él.

Se me ocurre una idea, me ha venido de repente, serán cosas del Espíritu Santo que sabes que siempre anda dando vueltas para que todos tengamos luces que ayuden a otros a encontrarse con el Hijo y cumplir la voluntad del Padre. Juan, te voy a poner deberes para cuando te despiertes mañana y te unas la santa de hoy que tanto te he hablado de ella. Sor Isabel escribe una oración preciosa dedicada a la Santísima Trinidad. Te mete de lleno en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Para ello hace silencio antes, la escribe en silencio y la ora en silencio. Te propongo hacer lo mismo. Lee y medita esta oración en silencio, querido hijo. Luego deja que el Espíritu Santo te lleve y, si es el momento, pongas por escrito una oración que nazca de tu recuerdo de tu primer retiro en silencio teniendo la ayuda de lo que es el silencio como modo de vida. ¡Todo será para gloria de la Santísima Trinidad!

«Elevación a la Santísima Trinidad.

J. M. † J. T.

¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí, para establecerme en Ti, inmóvil y serena, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, mi Dios

inmutable, sino que cada momento me sumerja más adentro en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma, haz en ella tu cielo, tu morada más querida y el lugar de tu descanso. Que nunca te deje solo allí, sino que esté por entero allí contigo, bien alerta en mi fe, en total adoración y completamente entregada a tu Acción creadora.

¡Oh, mi Cristo amado, crucificado por amor! Quisiera ser una esposa para tu Corazón; quisiera cubrirte de gloria; quisiera amarte... ¡hasta morir de amor! Pero conozco mi impotencia, y te pido que me “revistas de ti mismo” [cf. Gálatas 3,27], que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en Ti, que me invadas, que ocupes Tú mi lugar, para que mi vida no sea más que una irradiación de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote, quiero ser toda oídos a tu enseñanza para aprenderlo todo de Ti. Y luego, en medio de todas las noches, de todos los vacíos y de toda mi ineptitud, quiero vivir con los ojos siempre clavados en Ti y permanecer bajo tu inmensa luz.

¡Oh, mi Astro querido! Fascíname de tal manera, que ya nunca pueda salirme de tu radiación.

¡Oh, Fuego devorador, Espíritu de Amor! “Ven sobre mí” [¿Lucas 1,35?] para que se produzca en mi alma una especie de encarnación del Verbo: que yo sea para Él una humanidad suplementaria en la que Él pueda renovar todo su misterio.

Y Tú, ¡oh, Padre!, inclínate sobre esta pobre criaturita tuya, “cúbrela con tu sombra”, y no veas en ella más que a tu “Hijo el amado, en quien has puesto todas tus complacencias”.

¡Oh mis Tres, mi Todo, mi eterna Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo!, yo me entrego a Ti como víctima. Escóndete en mí para que yo me esconda en Ti [cf. Colosenses 3,3], hasta que vaya a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas.

21 de noviembre de 1904» (*Notas íntimas 15*).

Juan, ¿a que una vez leída esta oración no te brota de tu corazón más que un deseo, una necesidad, un sueño, que no es otro que callar para que el silencio hable dentro de ti? ¿A qué sí, querido hijo? ¡Pues adelante! Ya tienes deberes para esta semana. ¡A ver cómo te va todo después de lo que has vivido esta noche antes de irte a dormir y cómo lo relacionas con lo que encuentras en tu mesa! Esta oración te va a ayudar muchísimo a descubrir que el silencio en cuanto concepto cobra fuerza al experimentarlo como algo transformante que prepara tu alma para empezar a vivir de otra manera mucho más intensa, renovadora y provechosa, como Sor Isabel de la Trinidad, teniendo el silencio como modo de vida. Vamos poco a poco, Juan. Te dejo ya, llevo rato escribiendo mientras tú descansas sin saber lo que tu padre tenía preparado para ti. Son cosas de padre, de alguien que te quiere mucho y busca lo mejor para ti y te quiere feliz, muy feliz, Juan. Quiero estés realmente feliz y para ello tienes que conocer qué es el silencio para poder entrar en él y seguir dando pasos en tu vida espiritual de joven abierto al amor de mi Hijo.

Te quiero mucho, Juan, soy tu padre, también el padre de Jesús, que te espera el sábado por la noche en compañía de sor Isabel

SAN JOSÉ

¿QUÉ FORMAS DE SILENCIO HAY?

15-11-2023

Querido hijo, querido Juan:

Al verte en silencio mientras duermes me da mucha paz. Lo digo por la fiesta que hemos tenido en el cielo hasta hace poco. Acabamos de terminar la fiesta de todos los santos del Carmelo. No te puedes hacer idea todos los que hay por aquí... No pienses solo en santa Terea de Jesús, san Juan de la Cruz, santa Isabel de la Trinidad, santa Teresita, santa Teresa Benedicta de la Cruz, el beato Francisco Palau, san Rafael Kalinowski, los beatos mártires como la madre Sagrario de San Luis Gonzaga o las mártires de Guadalajara, el padre Lucas de San José y Eufrasio del Niño Jesús, los dieciséis mártires de Toledo... A esa larga lista de todos los que se celebran en la liturgia tienes que sumar una inmensa muchedumbre de almas consagradas a Dios que al terminar su vida en la tierra están ahora gozando de la gloria del Padre. Piensa, querido hijo, en tantos frailes y monjas que a lo largo de los siglos han dicho que querían vestir el hábito del Carmelo y lo han dado todo a Dios, a María y, en cierto modo, también al que ahora te escribe. Añade también numerosísimos seglares que de un modo u otro también vivieron la vocación al Carmelo y son parte de la familia. Y todos han venido un rato a visitarme porque ya sabes que en

el Carmelo se me venera de una manera muy especial. Lo que tanto oraron en la tierra ahora lo viven en plenitud al estar a mi lado. Me acordaba que al concluir el día lo primero que tenía que hacer era ir a escribirte otra carta. Así podría descansar un poco del jaleo festivo. Para que veas; no me olvido de ti, ni en un día donde no paro ni un segundo.

Bueno, Juan, vamos a lo que nos convoca cada noche de miércoles: hablarte del silencio para que te metas cada vez más en él. Es bueno que sepas que hay diversas formas de silencio. Tienes que distinguir entre el silencio exterior de la lengua y de las actividades y el silencio interior. Es algo muy fácil de entender. Es básico para que afiances tu vida interior. Son necesarios todos los tipos de silencio, porque a fin de cuentas el silencio es necesario. Pero de eso ya hablaremos. Ahora quiero centrarme en las formas de silencio. Para ayudarte y que te sea más fácil, voy a remitirte a un libro que conoces de oídas y a un beato carmelita que antes no he citado porque no era el momento. Ha llegado la hora, Juan; vamos a entrar en el silencio de la mano de un maestro espiritual, del beato María Eugenio del Niño Jesús, carmelita descalzo. Lo conoces un poco y, sobre todo, experimentas su ayuda como intercesor, que va siendo cada vez más fuerte en ti. ¿Me equivoco, Juan? No entramos ahora en hablar de su vida, lo dejamos para más adelante, para cuando queden pocas cartas por escribirte. Solo quiero decirte que escribe varios libros, el más importante y conocido es *Quiero ver a Dios*. Pídele a tu director espiritual que te lo deje y vete al capítulo 5 de la tercera parte. Ahí te encontrarás con un título que lo dice todo: «Silencio». Esos folios te explican a fondo la esencia del silencio. Es imprescindible para el tema que nos interesa.

Lo que voy a hacer en esta carta, querido hijo, es presentar las formas de silencio tomando textos de este capítulo de *Quiero ver a Dios*. Cuando tengas tiempo lo lees completo. Ahora basta con algunos párrafos sueltos. Estate atengo, Juan. Partimos de

la lengua. El silencio de la lengua es muy importante. Con la lengua se puede bendecir y se puede matar, o como dice el P. María Eugenio, «de la lengua se ha podido decir lo mejor que hay y lo peor». ¿Ves la importancia que tiene la lengua, Juan? Puede ser un instrumento de vida de gracia o todo lo contrario, un arma para disparar y echar por tierra a cualquiera dejándolo herido de muerte. La lengua es una parte del cuerpo, pero es la llave para hablar, para emitir sonidos y palabras que rompen el silencio. Si mueves la lengua hablas. Si la dejas quieta hay silencio. Es una forma física de silencio, no un silencio interno como veremos dentro de poco. La lengua es la que controla que haya silencio exterior o no. Es muy importante, Juan, mucho más de lo que parece. Puedes pensar que digo obviedades, pero si vas hasta el fondo te darás cuenta de la profundidad de lo que supone la lengua para todo ser humano. Es un músculo que da mucho que hablar y nunca mejor dicho.

No podemos quedarnos en hablar de la lengua. Damos un paso más, Juan, atento a lo que dice el beato María Eugenio: «Lo que el alma tiene de más íntimo y personal lo exterioriza la palabra, cuando, para comunicarlos, expresa los pensamientos y sentimientos [...] La expresión que exterioriza pone la desnudo las profundidades del alma».

Querido hijo, lo más sagrado, lo más profundo, lo más propio de la persona queda custodiado por el silencio de la lengua. Si la lengua habla, todo o parte de ese todo que custodia la intimidad del alma se pierde al salir. No se puede decir más claro ni más directo: si no hay silencio de lengua deja desnuda la interioridad del alma. Es algo para meditar y hacer vida, Juan. El alma es tu esencia, tu vida misma y si no sabes guardar lo más íntimo, te pueden venir problemas. Sí, Juan, te lo dice tu padre con mucho cariño, por tu bien. Hazme caso. Guarda siempre la lengua para no sacar de tu interior lo que solo se puede contar a mi Hijo en silencio o al sacerdote que te guía en tu vida interior en los momentos de dirección espiritual. Ahí

sí que la lengua puede moverse y sacar a la luz muchos temas y secretos porque sabes que no van a pasar de ahí, de un alma que mi Hijo te ha puesto en el camino para que crezcas y des pasos firmes en el camino de la búsqueda y seguimiento de Jesús, el Hijo de María y de san José. Esto sé que lo tienes claro y lo vives bien, pero es bueno que lo tengas aquí recogido para cuando sea necesario.

Pero ojo, Juan, ten mucho cuidado porque no solo hablamos del silencio de nuestra lengua, sino también del silencio de otras lenguas cercanas a nuestra persona, porque como dice el P. María Eugenio «la comunicación llegada del exterior, que debería enriquecer, a veces no hace más que turbar el silencio del alma y el trabajo divino aportando causas de agitación que aumentan las dificultades de recogimiento interior y amenazan con paralizar la acción divina».

Esto lo estás sufriendo al vivir en la residencia universitaria y no poder estar ya en un piso. Hay conversaciones que hacen daño, que ofenden al alma que busca el silencio externo e interno como tú. ¿Sabes a lo que me refiero? Claro que sí. Vivir con ausencia de silencio en las lenguas que te rodean y no sacan nada bueno de su interior es peligroso. Hay que evitar todo lo que no sea positivo y provechoso para el alma que busca a Dios. Te pueden alterar, inquietar, complicar tu vida de estudio y oración porque lo que ha dicho una lengua cercana a tu habitación o en el comedor o la sala de la tele se queda haciendo ecos en tu interior y rompe con el silencio que vas haciendo en tu alma. Lucha siempre por tener silencio de tu lengua y de la lengua de aquellos que no aportan nada bueno a tu persona. Es un paso importante en la vida. Muchos no son conscientes de ello, pero tú, Juan, sí, por eso no dejas de buscar un piso donde poder vivir con algunos de tus amigos que piensan y viven como mi querido Hijo, en ese silencio que da vida y ayuda a escuchar a Dios cuando la lengua no se mueve para nada.

Ha quedado bien explicado, pero si seguimos con el tema llegamos al culmen del problema de la ausencia del silencio de lengua. Juan, el caso más claro de todo esto es el hablar sin control y de todo tema que venga a cuento o no, y sacando a la luz asuntos que no se deben compartir. Tal cual, así se expresa el P. María Eugenio:

«La charlatanería, esa tendencia a exteriorizar todos los tesoros del alma con la expresión verbal, es especialmente nociva a la vida espiritual. Su movimiento está en dirección inversa del de la vida espiritual, que se interioriza sin cesar por la aproximación a Dios. Arrastrado hacia el exterior por su necesidad de contarle todo, el charlatán no puede menos que estar alejado de Dios y de toda actividad profunda. Toda su vida de fondo pasa por sus labios y fluye en la palabrería que lleva en sí los frutos cada vez más pobres de su pensamiento y de su alma. Porque el charlatán no tiene tiempo para recogerse, para pensar, ni para vivir profundamente. Por la agitación que crea a su alrededor, impide a los demás el trabajo y el recogimiento profundos. Superficial y vano, el charlatán es un ser peligroso».

Lo comenta tan bien el P. María Eugenio que no me atrevo más que a invitarte a que leas con calma este párrafo y confirmes el gran daño que hacen las malas compañías que ni saben, ni quieren saber lo que pasa cuando una persona vive el silencio de la lengua. Puede dañar a otro como ya hemos visto, y lo que es peor, quedar uno mismo destrozado de por vida porque todo queda roto y por tierra al sacar fuera lo que, como hemos dicho antes, solo se puede compartir con mi Hijo y con el director espiritual. El charlatán no tiene tiempo para nada más que para hablar y conversar y perder el tiempo que es tan preciado en tu momento actual de estudiante universitario y en cualquier etapa de la vida para poder organizar la vida y preparar el trabajo que cada uno debe ofrecer a Dios. El que no deja de hablar no tiene tiempo para hacer silencio y estu-

diar a fondo para asumir lo estudiado en clase y preparar bien los exámenes. Es lo que te da vida a ti, querido hijo, y lo estás haciendo muy bien. Cada vez estoy más orgulloso de ti, no me cansaré nunca de decírtelo.

Antes de pasar al silencio de la actividad quiero que tengas en cuenta una última enseñanza sobre el silencio de la lengua. Juan, todo esto te lo digo de corazón, como te lo diría el P. María Eugenio si estuviera a mi lado ahora aquí en tu habitación mientras duermes y descansas de las clases y estudio del día. Sabes bien que es único y nos deja siempre admirados de su vida interior que brota del silencio. Atento, Juan. Es una frase que está llena de contenido: «El silencio es, al mismo tiempo, un fruto y una exigencia de la santidad». El callar, hacer silencio de lengua, alejarse de otras lenguas que no paran de hablar o hablan poco, pero temas que no son adecuados, es fundamental. Es vía de santidad, sin silencio no se puede iniciar un camino de santidad. No digo más, Juan. Te quiero y deseo que seas santo y tu vida dé frutos de santidad desde el silencio de la lengua.

Pasamos ahora al silencio en la actividad, pero sin dejar de ser silencio externo. El silencio externo es de lengua y de actividad. Juan, te lo digo para no liarte y que puedas pensar que ahora cambiamos de formas de silencio. Seguimos en el ámbito de la exterioridad de la persona humana que hace silencio con la lengua y con sus actos. Tan malo es que la lengua no descansa como que tampoco lo haga el cuerpo. Ojo cuando la actividad nos desborda y nos somos capaces de controlarla, la persona se puede perder. Aquí entra de nuevo el beato María Eugenio que no se calla y con rotundidad nos avisa del gran peligro que conlleva el activismo vacío de sentido:

«Cuando la actividad desborda la vida cotidiana hasta el punto de no dejar lugar a una parte mínima insuficiente para la oración y el retorno silencioso hacia Dios, se transforma en activismo. Activismo que se reviste de múltiples y nobles

excusas: necesidades de la vida, deberes urgentes de estado, trepidación del ambiente que arrastra y disipa [...] Se presenta ordinariamente como una tendencia a la que se cede. No comprende ni admite que se reserve a la oración silenciosa una parte notable del día, y sobre todo, que se consagren vidas enteras exclusivamente a la oración y al sacrificio para hacer brotar fuentes de vida fecunda en la Iglesia».

Directo al corazón, así es el P. María Eugenio, querido hijo, te quiere también mucho y por eso te avisa de este grave peligro. Lo que dice vale para todos, tanto para laicos como tú, como para curas, frailes o monjas que pueden perderse también en el hacer y olvidan su ser de almas entregadas al encuentro con Dios y a la preciosa tarea de llevar almas a mi Hijo. Hacer y hacer es algo peligroso, muy peligroso, si no es para ofrecer todo a Dios y hacerlo solo si Dios lo quiere de verdad... Se empieza por poco y se termina por mucho. Y luego ¿cómo volver al punto de salida? Es difícil y doloroso, por eso te lo advierto, aunque sé que no es algo que pueda embaucarte. Hacer y decir solo lo que te lleva a Dios; lo demás te complica la vida y te hace perder un tiempo precioso que puedes dedicar a hacer silencio en tu corazón y dar paso así al silencio interior que es lo más importante. El silencio exterior ayuda, pero si hay silencio exterior, pero no interior, no sirve de nada. Te soy sincero, querido hijo. Te quiero mucho y por eso te lo digo.

¡Juan! ¡Vamos a disfrutar del silencio interior! ¡Dejemos que se rompa el silencio exterior para poder entrar en el silencio interior al leer lo que nos dice el P. María Eugenio del Niño Jesús!:

«Dios vive, obra y realiza operaciones misteriosas de su unión con nosotros en el centro del alma, en las regiones más espirituales. Poco importa, pues el bullicio y la actividad exterior con tal de que en estas regiones espirituales profundas reine el silencio. Así pues, el silencio interior es lo más impor-

tante. El silencio exterior no tiene valor sino en la medida que favorece el interior».

Me callo, Juan. Y tú también tienes que callarte. Hay que hacer vida en el corazón estas palabras que muestran la importancia del silencio interior y cómo tienes que vivirlo. Mi Hijo quiere hacer maravillas en tu vida, pero si no vives el silencio interior es imposible. Deja reinar a mi Hijo en tu corazón para que el silencio reine también en tu corazón. Es la mejor manera, no necesitas nada más, querido hijo, es algo tan fácil... tan esperanzador... tan íntimo... Querido hijo calla tu lengua y aléjate de otras lenguas, no te metas en mil cosas y sigue haciendo silencio interior, como cada sábado por la noche. El sábado pasado no pude resistirme más y te miré de un modo especial. En aquel momento no sabías a que venía esa mirada pícara desde la imagen que está junto a la custodia donde adoras a mi Hijo. Ahora sí, lo hice para decirte que lo haces muy bien, que no pares, que sigas, que te quiero ver muchas noches así, que es lo mejor que puedes hacer una noche de sábado... Verte de rodillas, en silencio externo e interno es lo que me hace feliz, muy feliz, querido hijo. Juan, es algo que me llena el corazón de alegría, verte crecer en el silencio y constatar que conoces bien las diversas formas de silencio que unidas dan como fruto una vida nueva que te abre al horizonte de la vida espiritual, que es la vida del cielo, la que buscan los que siguen un camino de santidad.

Te diría, más cosas, querido hijo, me pasa siempre igual. Es normal. El amor de un padre por sus hijos es algo tan grande... No me canso de verte en cada receso que hago al escribir un punto y aparte de la carta. Te veo en ese descanso tan necesario para un joven como tú, Juan, que no pierde ni un minuto y hace todo lo que tiene que hacer, pero solo eso. No da el paso al activismo que rompe el silencio y favorece que la lengua esté despierta. Ahora todo tu cuerpo duerme en silencio, es cuando

mejor se puede vivir el silencio, en plena noche, cuando todo calla... Lo que pasa es que uno no consciente porque duerme, pero al verte así ahora, querido hijo, querido Juan, me doy cuenta de que lo mejor que puedo hacer es prolongar tu sueño para que el silencio se adueñe de ti y cuando te despiertes y leas esta carta, te des cuenta de que es verdad. Sí, Juan, esto solo se puede descubrir cuando uno te lo hace ver, porque al estar dormido vives de tal modo el silencio que no te das cuenta.

Querido hijo, llega el final, me despido. Ahora me toca a mí también hacer silencio externo e interno después de un día tan intenso y de tan poco silencio. Juan, te quiero mucho. Soy tu padre, el padre de todos los santos del Carmelo y de todos los que aspiran a ser santos unidos a la familia del Carmelo,

SAN JOSÉ